

hijo, 74; Sainte Beuve, 75; Leconte de Lisle, 76; Michelet, 76; Victor Hugo, 83. — Es decir, que en el siglo XVII encontramos un escritor que pasa de los 30, otro que pasa de los 40, tres que pasan de los 50, cuatro que pasan de 60, cuatro que pasan de 70 y uno que pasa de 90; y en el XIX, hay uno que pasa de 40, dos de 50, cinco de 60, cinco de 70 y uno de 80. El término medio de la longevidad parece superior en nuestro calumniado siglo; pero sería preciso, para afirmarlo, comparar mayor número de fechas, y además, los escritores suelen, no sé por qué, tener la vida dura; así es que sólo á título de curiosidad, al acercarse el día de Difuntos, he cotejado dos generaciones literarias, á ver cuál de las dos arraigó más tiempo sobre el planeta.

*
* *

Si antaño se ha repetido que todo el año es Carnaval, hogaño debe decirse que fué todo él Difuntos. Hemos enterrado, sucesivamente, la esperanza, la honra nacional, la reputación que aún hacía en Europa poético y glorioso nuestro nombre; hemos enterrado la fortuna pública, la herencia de nuestros antepasados, la soberanía española en Ultramar, la fe en muchas cosas, en infinitos hombres, en instituciones y organismos que nos parecían inmortales; y hasta hemos acompañado á la sepultura á nuestro propio corazón de patriotas, helado y paralizado por tantos desengaños, lacerado por tantas espinas. En vez de preguntar quién se ha muerto aquí, preguntemos quién ha quedado vivo; qué es lo que todavía palpita, qué es lo que aún siente circular el torrente de la sangre por las venas.

Si bien lo mirásemos, el lugar más adecuado para reunimos este invierno sería alguna Sacramental. Nadie se horripile, nadie diga que evoco imágenes repulsivas. Los cementerios no tienen en sí mismos cosa que repugne, asuste ó entristezca: Teófilo Gautier, al describir los de Turquía, traza un cuadro tan riante y seductor, que cautiva la fantasía y los sentidos. Son los cementerios turcos, según el relato del brillante estilista, vastos jardines poblados de enormes cipreses centenarios, y donde las rosas, los laureles y las adelfas crecen y embalsaman el aire con su penetrante perfume. Las aves, atraídas por el espeso y cerrado ramaje de los viejos árboles protectores, gorjean y anidan en paz. Las tumbas, ocultas por el musgo y la tupida vegetación, sólo se adivinan por las estelas ó cipos de mármol pintados de azul, terminados por un turbante y que llevan inscrito en oro algún versículo sagrado, alguna sentencia elocuente. Me figuro yo que las tales estelas deben de asemejarse á los techos árabes de la Alhambra, ó á los trozos de su delicada arquitectura. Lo que más contribuye á quitar á los camposantos (llamémoslos así) turcos todo sello de tristeza, todo aspecto depresivo para el ánimo, es que los toman como centro de recreo y de honesto esparcimiento los habitantes de Constantinopla. Hacen el oficio de los *squares* ó parques públicos en Inglaterra y Francia; son los pulmones de la capital, y al pie de las sepulturas y al fresco abrigo del arbolado platican las comadres del barrio, juegan los niños, se merienda, se respira la deliciosa brisa del Bósforo. Algo muy semejante á esto cuenta Pedro Loti en su novela *Fantasma de Oriente*.

No se crea, sin embargo — y hay que decirlo para dar á cada cual lo suyo, — que la charla y la reunión de gente en Turquía son cosa que mete bulla. La gravedad del musulmán le permite recrearse en un cementerio sin faltar al respeto á la muerte, que es para ellos muy venerable. La convivencia con los difuntos no entraña irreverencia; al contrario, cariño y asiduidad. Nosotros nos acordamos de los nuestros una vez al año; ese día les ofrecemos flores, luces, oraciones; el turco, en cambio, no deja pasar día sin cultivar el jardinete ó canastilla de flores que planta al pie de la estela fúnebre.

El cementerio de Pera — turco también — domina una vista admirable; se otea y registra desde él la entrada del Bósforo, el mar de Mármara, la línea preciosa del Serrallo, las torres y cúpulas de la ciudad; y por gozar de tan hermoso panorama, acude la gente elegante por vía de distracción, y se da cita allí lo más selecto de la sociedad cosmopolita que en Constantinopla reside. Análoga costumbre seguían los romanos, convirtiendo á la Vía Apia, doble hilera de sepulcros, en animado y concurrido paseo. Los *colunbarios*, elegantes edículos donde se guardaban en ligeras urnas de rojizo barro las cenizas de los muertos, eran también á manera de pabelloncitos donde cada familia distinguida, en las tardes veraniegas, recibía á sus amigos y conversaba con ellos, viendo pasar el gentío.

*
* *

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE REQUIEM

Aun cuando ya prescribieron aquellos artículos de retórica funeraria que antaño solían consagrar los periódicos de Madrid y provincias, en primera plana y con orla negra, á la conmemoración de fieles é infieles Difuntos; aun cuando el subgénero literario que constituían tales artículos está mandado recoger, y yace en el almacén de trastos viejos, en compañía de los cuadros de pelo con la urna, el sauce llorón y allá á lo lejos el rielar de la pálida luna sobre el lago, el asunto que los artículos trataban es ¡ay! de actualidad perpetua, y así como los místicos pudieron decir que la muerte es la única verdad de la vida, los cronistas debemos afirmar, sin temor á que nadie nos desmienta, que no hay cosa más contemporánea que el morir.

Nos han informado estos días los periódicos de que en los cementerios matritenses, durante un período de tiempo relativamente corto, han sido sepultadas doscientas mil personas; la mitad del censo de la capital. Medio Madrid, en cortos años, ha emigrado á la necrópolis. Con mayor lentitud le pueblan y rellenan los humildes camposantos rurales; pero al fin llega el instante en que ya no cabe más carne muerta bajo la tierra fertilizada por el horrible abono, y es preciso remover las fosas, juntar y hacinar los huesos en el osario, y dejar libre el espacio en que poco á poco vendrán á tumbarse y á dormir el sueño inquebrantable y sin pesadillas los que hoy tanto se afligen por un aumento en los consumos ó por una merma en la cosecha del maíz...

*
* *

A pesar del neomisticismo literario y artístico, hoy se descuida bastante la contemplación espiritual de la muerte; los más la consideran con la indiferencia que inspira un fenómeno natural, desenlace y peripécia última del drama de la vida, y nunca, por otra parte, se ha procurado retardar el desenlace con tanto empeño y prolijos cuidados. La higiene, que es la medicina preventiva, y la medicina, que es la higiene represiva, ganan terreno incesantemente. La persona más desprevenida de su salud toma hoy precauciones y se atiende con medicamentos y métodos que eran desconocidos á nuestros padres. Sería curioso poder averiguar si con tanto remedio, tantos baños y aguas, tanto régimen y tan numerosa atención otorgada al cuerpo, es hoy superior la longevidad en la especie humana. Comparemos una clase de datos estadísticos: las fechas del nacimiento y fallecimiento de los escritores célebres de Francia, por ejemplo, en el siglo XVII y en el XIX. Tomemos, al azar de la serie, en un Manual de literatura, catorce nombres del 1600 y otros catorce del 1800. He aquí el resultado: Siglo XVII. Viall, 36 años de vida; Pascal, 43; Voiture, 50; Descartes, 54; Molière, 55; Hardy, 61; Balzac — el poeta, — 64; Vaugelas, 65; La Rochefoucauld, 68; Malherbe, 73; La Fontaine, 74; Bossuet, 77; Corneille, 79; la señorita de Scudéry, 94! — Siglo XIX. Baudelaire, 48; Balzac — el novelista, — 51; Flaubert, 59; Gautier, 61; Renán, 64; Taine, 65; Vigny, 66; Augier, 69; Jorge Sand, 72; Dumas,

Ya sé que nuestras ideas religiosas y nuestras convicciones pugnan con este modo de entender la muerte. Sin embargo, no sería difícil recordar ciertos hábitos y tradiciones que en la conmemoración de los Difuntos y en las ceremonias fúnebres introducen la nota familiar, casi diré la nota alborozada y festiva. En Madrid, por ejemplo, nadie ignora que en el día de Difuntos se expenden en las confiterías dulces especiales, buñuelos y *huesos de muerto*, lúgubre golosina cuya forma recuerda la de una tibia humana. En mi tierra se solemniza la fecha con castañas nuevas y vino mosto, el primer vinillo de la recién pisada uva. El mosto, que es picón y vivaracho, no inclina, ¡qué ha de inclinar!, á reflexiones de ultratumba; pues los buñuelos madrileños, ya se sabe que llaman á gritos por el tinto viejo, y las excursiones al Camposanto suelen dar fin en los santuarios de Baco, ó quién sabe si en sitios peores. ¿Y qué diré de los famosos y nunca bien ponderados *velatorios*, ni de las comilonas y refrescos que se consumen con el muerto de cuerpo presente? Cuantos han vivido en el campo saben á qué atenerse respecto á tan desahogado abuso. En casa muy hidalga, pero de aldea, vi yo con mis propios ojos los preparativos de uno de esos festines que en tan extraña ocasión se ofrecen y aceptan, y aún no he vuelto del asombro que me produjeron aquellas groseras bodas de Camacho disfrazadas de entierro. Codillos y cachuchos de marrano por medias docenas; un rimerito de quesos; dos cestas de ojdres, polvorones, mantecadas, biscotelas y mazapán; carne en zorra para mantener á un regimiento; y por añadido, apopléticas botas de añejo Rivadabía, sin que faltase el oloroso café, ni los cajones de puros. Y como yo manifestase disgusto y reprobación, dijéronme (y me decían la verdad) que en el país sería en extremo mal mirada y censurada la omisión del opiparo banquete. No es sólo en España donde así se piensa. En la admirable novela *El deseo*, de Hermann Sudermann, cuya acción pasa en Alemania, encuentro el relato de un atracán mortuorio; otro puede leerse en el *Assommoir*, de Zola, que tiene por escenario los barrios bajos de París.

Todo el mundo es como nuestra casa... Dondequiera se pueden registrar estos contrastes casi humorísticos entre la majestad de la muerte y la prosa de la vida, entre el hoyo y el bollo. Acabo de leer un ameno libro que se titula *Cartas finlandesas*, del Sr. Ganivet, y no es el capítulo menos entretenido el que lleva por epigrafe «Cómo se mueren los finlandeses.» Parece que aquella gente, de suyo formal y práctica, al sentir que *va de veras*, se traslada voluntariamente al hospital. Lo hacen los ricos igual que los pobres: es un medio de evitar los quebrantos, los trastornos y los dispendios que trae consigo, pasada á domicilio, una larga enfermedad. Añade el cronista que los entierros son una de las fiestas más animadas del país; que la traslación del cadáver es en cierto modo procesional, y que las esquelas de defunción publicadas en los periódicos ostentan un derroche de lirismo increíble, á pesar de lo cual, la familia «que llora con profundo duelo» al difunto, la enlutada familia, se va á derramar sus ríos de lágrimas... al teatro; pues cabalmente, dicen, por lo mismo que les agobia la tristeza, son quienes han menester distracción, y no aquel á quien nadie se le ha muerto...

Seamos tolerantes con el criterio de cada nación. Pensemos lo que dirá de nosotros el finlandés á quien se le ocurra escribir las *Cartas españolas*, al observar que el día de Difuntos todos los teatros de España funcionan para representar un drama de amores, raptos, desafíos, cuchilladas, travesuras, apuestas, celos, sacrilegios, asesinatos, orgías y diabluras de toda especie; un drama en que al final, es decir, después de morirse el héroe y autor de tantos desahucos, recibe en premio la gloria, ganada por un punto de contrición entre un millón de pecados mortales... ¡Y si supiese el finlandés que á mí misma, que escribo esto, no me agrada pasar el día de Difuntos sin oír el *Tenorio!*

EMILIA PARDO BAZÁN